

ESCENAS DEL PASADO

—Buenos días, Pepa.

—Buenos días, Carmen.

—Mucho has madrugau esta mañanica. Desde el lecho he sentido pasar las vacas de Carmelo y a Pau con sus cabras y deseguida te has puesto a agranar la calle; tú por no perder una cagarruta pa las oliveras, no pegas ojo en toa la noche y agranas tu portalá y el alto de la Plana.

—¡Qué exagerá eres, Carmen! Es que anoche tuve un pesaombre con mi Pepita, y no podía dormir.

—Pero, ¿qué os pasa?

—Ná, lo de siempre, que mi Pepita, cuando era una chiqueta, que aún iba a la costura de doña Filumena, y ya llevaba a los fadrís detrás...

—Claro que me acuerdo. Me decías: «A mi Pepita, aunque es muy jovenica, ya la curruquean.»

—Pues han pasau los años y ahora ná. Anoche, en la cena, le dije: Pepita, hija, estás machucha y se te asola la bolleta. Y se va enfadar.

—Pero, ¿tú las llevau a San Antonio de Paula a que le tire las pedretas al Santo?

—Más de veinte veces, ¡y como si ná! Que allí en la calle, cada vez que las vecinas nos veían pasar salían a las puertas con los chiquetes como si pasara la procesión, y la última vez to fueron risas. Y los chiquetes, mandaus por las madres, nos daban pedretas. Que fue un afronte muy gordo.

—Es que eso del casorio ya lo dicen las agüelas: «matrimonio y mortaja del cielo abaja». Y es verdad. Fíjate que yo y mi hermanica tuvimos novio desde fadrinetas, que estuve veinte años festeando y al remate me se fue el novio con una cupletista que vino al cine de Chimo; y el novio de mi hermanica, la víspera de la boda, se fue al Tercio y dicen que está amigau con una mora.

—Es que los males nunca vienen solos.

—Es verdad. Pero la Pepita tendrá más suerte que nosotras. Ya sabes, Pepa, que yo la quiero mucho y aunque en el pueblo nos llaman las «Dotoras», porque dicen que to lo dotoreamos, voy a hablarle a mi prima Felisa, la que vive en la plaza de la Iglesia, que no es que sea alcabotera, pero ya sabes que escribe toas las cartas de las fadrinas que tienen el novio en el moro, porque plumear, plumea mejor que un escribano, y ya verás cómo nos busca el fadrí más templau de Engra pa la Pepita.

EL NOVIO

—Mariano, hijo, que me hago vieja, que te has librau por hijo de viuda y tienes que casarte.

—Madre, yo estoy bien así.

—Pero, ¿tú no has pensau en alguna pa casarte?

—Pues, la verdad, algún barrunto sí que tengo. Cada vez que veo el bancal de oliveras fornas que hay al lau de lo nuestro en el Saitón pienso en casarme con su ama.

—Pero, ¿eixe bancal no era del tío Vicente el Cojo, que en gloria esté?

—Pues sí, el tío Vicente se murió y estará en la gloria, pero se ha dejau unas oliveras que son otra gloria.

—Pero Mariano, ¿tú qué quieres? ¿Casarte con la María la viuda? ¿La que tiene dos chiquetes?

—Pues claro. ¿Qué tiene que ver una cosa pa otra? Viviendo el padre fuimos a la feria de Játiva a comprar una burra; teníamos el trato casi hecho con una y se atravesó otro feriante, y por los mismos duros nos trajimos una burra con su poñinico. Y a los tres nos pareció que habíamos hecho una buena compra.

—Mira, Mariano, hazme caso, tú lo que nesecitas es una buena fadrina que me traiga ñieticos tuyos y no de otro.

—Bueno, madre, como quiera, pero que tenga oliveras fornas.

—Oye, Mariano, tú conoces a la Pepita la del Rinconet.

—Pues sí, mismamente la otra tarde cuando venía de la campiña y abrevaba las caballerías en San Antón, ella, pa que no me abajara del macho, me dio agua con su botijo.

—¿Y qué te pareció?

—Pues ella no sé, porque no me fijé, pero el botijo tiene un pitorro como la fuente de Lucena y me mojé hasta el melic.

—Pues esta tarde, cuando la encuentres, la miras bien, y si te parece apañá...; a mí me han dicho que ella te ve con buenos ojos, es una buena proporción, y a lo mejor tenemos boda.

EL ULTIMATUM

—Mariano, dice mi madre que si no vienes a mi casa pa la sacacara, no me deja salir ni a buscar agua a San Antón. Que te lo vengo ya diciendo desde que empezamos a festear, pero tú no me haces caso.

—Es que cuando llego a la puerta de tu casa me entra una flojera en las piernas y unas bascas de muerte. Me se representa tu padre, que por lo agro que es to el pueblo lo llama el tío Veneno. ¡Vamos, que tres noches he llegau a tu puerta y al ir a llamar, tres veces me ha dau el paralís!

—Pues mira, Mariano, de hoy no pasa, vienes y hay sacacara o no salgo más. Dejaré la puerta crosá y así no tienes más que espentear y entrar.

LA SACACARA

Colorado, cejijunto, prieta la boca y los puños, como un búfalo en feroz estampida; era una fuerza de la naturaleza desatada, imparable. Así bajaba Mariano la calle, y al llegar a casa de Pepita topó violentamente desde la cabeza hasta los pies con sus puertas, que se abrieron de par en par arrollando a los perros que estaban detrás y que, aullando, se refugiaron en el corral, salió bufando el gato envuelto en la ceniza del llar, y hasta la burra, desde la cuadra, se arrancó con los trémolos de un potente rebusno. El tío Veneno, que cachazudamente tomaba su taza de tomillo, alzó la cabeza y, mirando a Mariano —que emocionado de su audacia estaba firme y mudo—, soltó un rotundo taco y masculló:

—¡Vaya modos de entrar en una casa!

La Pepa, con sutil diplomacia, hizo el quite y alargándole una silla dijo a Mariano:

—Toma y siéntate; tú vienes a la sacacara de mi Pepita, ¿verdad? Pues ya está to hablau, desde esta noche ya puedes entrar en casa a festear.

LA VENGANZA

—¡Que me pase esto a mí, a Mariano, el fadrí más honrau de toa Engra y su vall! Ahora resulta que las novicheras de enfrente de mi Pepita, las lleponazas de las Dotoras, apagan la luz de su casa, se amagan detrás de los cristales de la reja y se pa-

san la noche mirándonos cuando festeamos y que si nos besamos o no nos besamos, y luego se lo cuentan to a la que va pa suegra. Si esta losa que parto se chirara en las Dotoras, de la primera mazá las metía bajo tierra. Bueno, matarlas no, que estaría feo, pero tengo que pensar algo gordo, muy gordo, pa que aprendan a no novichear. Y to es envidia pura, porque se morirán sin tastar un casorio y se les quemara la sangre.

La maza de Mariano llevaba varias horas cayendo sin pausa sobre la losa que había en medio del bancal; sudaba Mariano, saltaban piedras y chispas y una de éstas penetró en la hermética mollera de Mariano, que dejó la maza y, sentándose, se puso a rumiar la ideica que lentamente brotaba en su cerebro. Era ya mediodía; se comió su buen mincho con sardinas, tiró de la botija y con dos tientos la dejó seca. A la caída del sol, cuando la losa no era más que un montón de grava, regresó al pueblo. Bebió en San Antón, y después de cenar («Madre, estoy asetegau porque las sardinas estaban pasás de sal») estuvo festeando con Pepita hasta las diez. Se despidió puntual como siempre, y cuando vio que su novia cerraba la puerta, de un salto atravesó Mariano la calle, se agarró a la reja de casa de las Dotoras y rápido, sobre los cristales, comenzó a verter a torrentes aquel océano de orina trabajosamente retenida desde la mañana... Gritaban las Dotoras, ocultas en la oscuridad de su casa, y espectadoras involuntarias de aquella cascada que se estrellaba en sus cristales, los golpearon, tratando de que Mariano cortase aquella riada que anegaba la reja, y finalmente, horrorizadas, corriendo a tientas, tropezando con muebles y puertas, se fueron escaleras arriba buscando la salvación.

Mariano, ya tranquilo de cuerpo y de ánimo, marchaba silbando al descanso, mientras que por la cuneta le seguía, calle abajo, perezosa y silenciosamente, un cáldo y rubio arroyuelo.

LA BODA

Está lloviznando. «Novia lluviosa, novia dichosa», dicen las mujeres. Aprovechando un claro, van los novios y los parientes a la iglesia, acompañados del rítmico golpear de las mazas de los campañeros, que pican esparto en los portales.

El convite, en casa de la Pepa. Un chocolate y poco más. El tío Veneno había dicho: «Hace cinco años que faltó el padre de Mariano y hay que aprovechar la desgracia pa ahorrar gastos.» Y no hubo modo de apearlo del burro. Luego del chocolate, la madre de Mariano —como madrina— pasa el plato entre los asistentes, y el tío Veneno —el padrino— dolorosamente deposita un duro; los demás no pasan de las dos pesetas.

A las diez, el viaje. Mariano —que de la epístola de San Pablo ha sacado la conclusión de que los pantalones los lleva el marido— dice que no al coche de mulas, y decide estrenar el autobús que el tío Tomás Granero ha comprado en la Hispano-Suiza de Barcelona. Ya en Játiva, bien agarrada la maleta y Pepita, saca los billetes y entran en la estación. Allí están los dos trenes: el de Alcoy y el de Valencia. Mariano no pregunta —se acuerda de San Pablo— y suben los dos en el convoy, coloca la maleta enfrente para no perderla de vista, acomoda a Pepita, se sienta a su lado y descansa de las emociones del día. Llevan ya una hora de viaje cuando Mariano, para entrar en conversación, pregunta a los otros pasajeros:

—Qué, ¿a Valencia?

—No, señor —le contestan—, nosotros vamos a Alcoy.

Asombrado, dice Mariano:

—¡Qué inventos hacen los hombres! Yo y mi Pepita a Valencia, ustedes a Alcoy. ¡Y tos juntos en el mismo tren!

Fernando PALOP